

El tiempo también susurra

Por Mario Ibarra Gómez

“Ey, me llamaba Cuauhcoatl,” susurró con una voz que resuena en la penumbra. En el crepúsculo de los tiempos, a veces me pregunto si el tiempo es más que un mero susurro, una vibración apenas perceptible en el vasto silencio del universo, una dichosa cuarta dimensión que no se ha podido comprobar, o algo que a menudo se dice que tiene más valor que el mismo oro. En mi juventud, me creía el capitán de una gran canoa que surcaba las aguas del destino; ahora, tras siglos de errar como viajero de lo intangible, soy tan solo un eco perdido en el viento, un murmullo que se entrelaza con la brisa que sopla entre las montañas de mi añoranza.

Mi vida comenzó en las tierras míticas de Aztlán, en un año tan distante como el murmullo de un arroyo en un día de verano, en un paraíso de ríos brillantes y montañas abrazadas por la neblina. Serví fielmente bajo el mando de los grandes tlatoanis, quienes guiaban a nuestra gente con la sabiduría de nuestros ancestros. La ambición me guiaba como el sol que ilumina el horizonte, y en mi travesía, amé a mi esposa, cuya risa resonaba como el canto de los pájaros en la alborada, y a mis hijos, que eran el símbolo de mi legado. Sin embargo, en mi camino, desestimé a muchos, a los que consideré meras sombras en mi sed por las riquezas de las tierras que exploraba, a aquellos a quienes les falté el respeto.

“Ya, ya sé que no es fácil escuchar esto, pero es la verdad,” murmuró con resignación. *“Pero, hey, sigamos, que esto apenas comienza.”*

Creí, en mi arrogancia, que la abundancia era un derecho otorgado por los dioses y por el legado de nuestros ancestros, que claramente yo era merecedor de ella. Pero al finalizar mis días y hallar reposo en la tierra, comprendí que la vida no es más que un instante, una brizna de hierba que se mece con el viento, un pequeño fragmento del espectro que es el tiempo. Ya no soy el pipiltin que una vez fui, sino un viajero del tiempo, un espectador silente de la realidad que se despliega ante mis ojos.

La muerte, una idea que antes había considerado un final, se reveló ante mí como un umbral. En lugar de ascender hacia un cielo prometedor, permanecí en este mismo plano, un espectro entre la penumbra y la luz, entre el sol y la luna que caracteriza las que eran mis noches. *“Si no fuera por este necio explorador conocido como arqueólogo, aún me hallaría en esa tumba, descomponiéndose en el olvido.”* Ahora, cada día, me deslizo entre los recuerdos de mis descendientes, como una

brisa que acaricia la piel, tratando de encontrar algún rastro de mi existencia en sus vidas. Mi alma no se eleva, sino que flota, un susurro en un mundo que apenas me recuerda, en un limbo en el que no tengo decisiones.

“¿Y qué tal si les contara que aún puedo oír sus risas?” a veces pienso. *“Un eco en el aire, un abrazo invisible que me recuerda que aún pertenezco a este mundo.”*

Cuando contemplo a mi bisnieta, cuya risa aún resuena con ecos de mi propia carne, a veces creo percibir el aroma de flores frescas, aquellas que mi amada Tonantzin solía llevar en su cabello. Otras veces, el aroma del humeante maíz me envuelve, recordando las fiestas que celebraban nuestros pueblos. En esos instantes, quiero pensar que ellos también visitan a los que vienen después de mí, *“incluyéndote a ti, que con mucho aprecio te cuento esto,”* que el lazo de la sangre no se corta con la muerte, sino que se refuerza en el misterio del tiempo.

Mi existencia como espectro no es como la de esos fantasmas que surcan los cuentos, aquellos que atraviesan muros y cielos con facilidad, ni como la de un Cihuateteo, si hubiese sido mujer. *“¡Pff! Ya quisiera yo tener esos poderes para salir de este inmundo cuerpo.”* No, no poseo el don de traspasar barreras; estoy tan atado a la tierra como cuando aún respiraba. Aunque la gravedad no distingue entre mis 90 kilos, el peso de un anciano o el de un niño, he tenido la fortuna de volar. No en una humilde canoa, sino a lomos de un majestuoso cuauhtli, *“Avión”*, una creación asombrosa que desafía las leyes de la naturaleza. Con él, fui llevado de regreso a la tierra donde mis raíces aún perduran, abrazadas por el polvo de la memoria.

El viaje fue, sin duda, revelador. Sin embargo, el Aztlán que conocí había sido erosionado por el tiempo; el aire se había vuelto denso y los senderos parecían más angostos. Era como si la esencia del pasado se hubiera diluido, transformándose en un eco distante. *“Es curioso cómo el tiempo puede desvanecer lo que una vez fue brillante, ¿no?”* reflexionó. En lugar de sentir nostalgia, preferí regresar a las tierras de mis ancestros, donde mis raíces se entrelazan con el suelo.

Entre las sombras que habitan esta nueva realidad, encuentro compañía. María, la bisnieta de mi bisnieta, me ha ofrecido un refugio en su hogar. Su risa es un bálsamo para mi esencia marchita, y el aroma del frijol y el maíz que prepara

despiertan recuerdos de un hogar perdido en el tiempo. Aunque he dejado atrás la necesidad de alimentarme, mi espíritu se nutre de la calidez que emana de su cocina.

Me he dado cuenta de que la calidad de nuestra muerte ha mejorado con el avance del conocimiento. *“Quién diría que un espíritu como yo podría disfrutar de una cena, ¿verdad?”* Ya no es necesario que las almas permanezcan atrapadas en un perpetuo silencio; los ecos de flautas y tambores llenan la oscuridad de la noche, trayendo vida a mis horas solitarias. Sin embargo, no puedo evitar que mi corazón se hunda al oír las noticias de guerras, sacrificios y destrucción. *“A veces, me pregunto si la humanidad realmente ha aprendido algo de sus errores, o si simplemente se repite en un ciclo interminable de violencia.”*

La memoria, a medida que pasa el tiempo, se convierte en un entramado de rostros y voces. Intento seguir el hilo de mi linaje, buscando aquellos que llevan un rastro de mi esencia. Con el pasar de las generaciones, uno debe elegir con cuidado a quién atar su corazón, pues, incluso en la muerte, hay quienes te abrazan con cariño y otros que te tratan como un extraño. *“¡Ah, el amor! Un tema tan delicado, incluso en la muerte,”* reflexiona. En este laberinto de recuerdos, he aprendido a discernir el amor del desinterés.

Y así, me encuentro en un punto de reflexión. *“¿Qué será de nosotros, los espíritus errantes, cuando la humanidad se haya desvanecido?”* Cuando el sol haya muerto y las montañas se disuelvan en polvo, me aferro a la esperanza de que seguiremos navegando por la vasta extensión del cosmos. A veces, mis pensamientos vagan hacia un destino final: agujeros negros devorando lo que queda de la existencia, hasta que solo permanezca uno, colosal y solitario, como un faro eterno en la oscuridad insondable del universo, guardando los secretos del tiempo.

En ese último instante, cuando todo se haya desvanecido, estaré contigo, querido lector, como un eco eterno resonando en la vastedad del cosmos. *“¿No es maravilloso pensar que, de alguna manera, siempre estaremos conectados?”* Juntos nos fundiremos en la singularidad, donde el tiempo y el espacio cesan, y la existencia se transforma en un susurro infinito. La muerte, entonces, no será un final, sino el preludio de un nuevo amanecer.

A ti, que has escrito sobre mí como si conocieras los pliegues de mi alma, te agradezco. Quizás sí nos oye, ¿sí?, quizás existimos más allá de la frágil membrana del tiempo. Y aunque mi historia pueda parecer distante, envuelta en sombras, en algún rincón de este vasto universo siempre habrá un lugar donde los recuerdos resistan, brillando eternos, inmortales en la memoria del cosmos.

“El tiempo también susurra”, en su vibración apenas perceptible, nos recuerda que la esencia de quienes fuimos persiste, incluso cuando las vidas se desvanecen y los mundos que conocimos se deshacen.

FIN

¿FIN?